

contrario, crear hombres en distintas partes, del Globo, dotándolos de idéntico idioma (1).

Concluyamos, por tanto, que el origen común de las lenguas no está necesariamente ligado al origen común de los hombres, y que la acción de la naturaleza y del arte se enlazan y aun por modo muy singular para producir el habla en el hombre (*alma parlante* como, copiando frase judaica, dijo De Maistre), y llevarle el problema de su formación á otro orden que al del origen del linaje humano:

*Opera naturale é ch' uom favella;
Ma cosí ó cosí, natura lascia
Poi fare a voi secondo che v' abbella.*

(DANTE, PARAD. CANT. 26).

(1) Max Müller que, á pesar de sus ideas, suele no comprometerse cuando se ve enfrente á doctrinas de solidez y arraigo, no desmiente en este asunto su habitual discreción; procurando no reñir con filólogos ni teólogos, dice el aludido profesor muy á nuestro propósito en las *Lectures sur la sc. du lang.*: (tr. fr.): "Le probleme de l'origine commune des langues n'est point nécessairement lié á celui de l'origine commune des hommes. Si l'on arrivait á démontrer que les langues ont eu des origines multiples, il ne s'en suivrait nullement qu'il fallut admettre pour la race humaine des commencements différents. Car, si nous considérons le langage comme naturel á l'homme, il peut s'être manifesté á des époques diverses, et dans des contrées diverses, parmi les descendants dispersés d'une seule paire originelle; que si, au contraire, le langage doit étre considéré comme une invention artificielle, á plus forte raison rien ne s'oppose-t-il á ce que chaque génération ait inventé son idiome á elle. De meme s'il était jamais établi que tous les idiomes sont autant de dialectes d'une seule et meme langue, il ne s'en suivrait pas que la descendance d'un couple unique fut prouvée, car le langage pourrait avoir été la propriété d'une favorisée qui dans le cours des ages l'aurait communiqué aux autres races. La science du langage et la science de l'ethnologie ont toutes deux gravement souffert de la liaison que l'on á voulu établir entre elles."

El origen del lenguaje.—La lengua primitiva.—Los idolos de la Ciencia del Lenguaje.

X

Naturaleza del problema del origen del lenguaje y principios próximos y remotos á que se subordina. Doctrinas sobre el origen del lenguaje que según dichos principios deben excluirse, y cuáles pueden sostenerse. Las opiniones sobre la posibilidad abstracta de que el hombre forme el lenguaje, y cuál haya de admitirse. Idem acerca del hecho concreto, y cuál sea la más probable. Clasificación de las teorías inadmisibles del origen del lenguaje. Sus precedentes en las escuelas griegas. Crítica del *revelacionismo puro*. Id. del *nativismo puro* en sus dos direcciones. Id. del *nativismo evolucionista* en sus varios aspectos. Conclusión. Imposibilidad de conocer el lenguaje primitivo, y diversas tradiciones acerca del mismo. La tradición rabinica del *hebraismo primitivo*, y su no universalidad en la Iglesia. Impugnación del *hebraismo* y crítica de sus argumentos. El *hebraismo primitivo* y el *lenguaje de Jesucristo*. Opiniones diversas acerca de la lengua propia de J. C. La denominación *helenista* de "lengua hebrea" como exclusiva de la "lengua aramaica." Conclusión sobre el idioma de J. C. y su inutilidad para favorecer al *hebraismo primitivo*. Los fundamentos de la incertidumbre en orden á la lengua primitiva. El problema de la reductibilidad de los idiomas no es el problema del lenguaje primitivo. Proporción entre los troncos glotológicos y el tronco común en la hipótesis de la convergencia, ó no convergencia de las familias lingüísticas. Las raíces en orden al lenguaje primitivo. Los elementos esenciales en el lenguaje primitivo, y la pretendida *filosofía* de la lengua primera. Los *idolos* de la Filología comparada. El *ídolo* de la interpretación lingüística de la mitología aria. Los orígenes religiosos y los orígenes míticos. El Panteón griego y el Panteón romano. La exégesis mitológica de la antigüedad. El sistema de la *alegoría* y el *evemerismo* en sus varias manifestaciones, y en las diversas épocas históricas. El sistema de la Mitología comparada fundado en el de la Filología comparada. Los principios fundamentales del método lingüístico en dicho sistema. El *simbolismo glotológico* y su explicación según los sistemas *naturalista*, *litúrgico*, etc. Impugnación y crítica de la teoría *glotológico-mítica* en todos sus aspectos. Naturaleza compleja del problema de los orígenes del politeísmo, y orden genético de su formación y desarrollo. Conclusión.

El problema del origen del lenguaje es en realidad más que un problema glotológico, un problema *histó-*

rico; y en cuanto tal, no determinable por las especulaciones lingüísticas, las cuales sobre la formación de la lengua primera sólo pueden ejercitarse en un campo hipotético de especulaciones teóricas, sin que le sea dado aspirar á otro mérito mayor que á constituir cuando más una doctrina *posible y verosímil*, entre las que pueden corresponder á la oculta realidad del *hecho*. Este hecho tal como debe figurar en la realidad histórica, es muy complejo, y combinándose necesariamente con el problema de los orígenes del hombre, y con el de su naturaleza psíquica, es imposible una acertada solución glotológica en la materia, sin que vaya precedida de otro orden de principios racional y científicamente establecidos, acerca la aparición de la humanidad sobre la tierra, y los constitutivos que integran la humana naturaleza. De aquí que mientras de una parte las opiniones lingüísticas acerca de este punto se pierden y degeneran con frecuencia en idealidades sin subsistencia, de otra flaquean no pocas veces por la base deleznable de hipótesis del orden filosófico y antropológico del todo insostenibles, á las cuales de una manera más ó menos directa deben todo lo que son y lo que aparentan poder ser. Comenzamos, pues, por sentar que los principios remotos del origen del lenguaje, derivanse de la teoría legítima sobre los orígenes del hombre, sin los cuales en vano se intentaría resolver el problema de los orígenes de la palabra; los principios próximos acerca de dicha investigación lingüística no pueden ser otros que los suministrados por los datos históricos, ya que no directos, suficientes por lo menos para colegir, partiendo de la existencia previa de la *facultad* de hablar, el orden regular de su ejercicio primitivo para el desarrollo del lenguaje. Toda otra solución al problema propuesto es insostenible, y ha de colocar forzosamente la cuestión en un terreno donde no puede estudiarse ni resolverse legítimamente. M. Müller, tes-

tigo no sospechoso en la materia, parece haberlo entendido así cuando escribe: «Nada sería más interesante que conocer por documentos históricos como el hombre comenzó á balbucear las primeras palabras; así se acabaría de una vez para siempre con todas las especulaciones filosóficas sobre el origen del lenguaje. Pero ese conocimiento no nos es dado alcanzarlo, y por otra parte, aunque pudiéramos penetrar en aquella primera edad, es muy probable que nos hallaríamos en la imposibilidad completa de comprender los acontecimientos primitivos de la historia del espíritu humano. La religión nos dice que el primer hombre era hijo de Dios; que Dios lo crió á su imagen, lo formó del barro de la tierra, y le inspiró soplo de vida. Son estos simples hechos, pero que como tales deben ser aceptados; porque nuestra inteligencia se turba y se oscurece desde el momento en que descendemos hasta allá. El espíritu del hombre está de tal suerte constituido que no concibe claramente ni el comienzo absoluto ni el término absoluto de cosa alguna. Si ensayásemos representarnos el primer hombre creado en el estado de la infancia desarrollando por grados sus fuerzas físicas é intelectuales, nos sería imposible comprender como habría podido vivir *un solo día* sin auxilio sobrenatural. Y si queremos, por el contrario, representarnos el primer hombre aparecido en toda la plenitud de sus facultades, ¿no se hallaría de igual modo nuestra razón impotente para concebir este efecto sin causa? Lo mismo acontece con los primeros comienzos del lenguaje» (1). El hecho, pues, *histórico* de la aparición del hombre con la *facultad* de hablar, es necesario aceptarlo tal como nos es presentado, no sólo por la razón filosófica de que nada

(1) No sabemos con qué lógica puede después de esto concluir M. Müller que «los filósofos que sostienen la revelación divina del lenguaje caen en el más peligroso antropomorfismo,» según en el mismo lugar de sus *Lectures* escribe, y antes de él con igual invero-

contingente ha venido por sí mismo al ser, y por la razón crítica de la verdad del Génesis que lo refiere, sino por la razón glotológica de que sólo así puede haber la posibilidad de formación primera de la palabra sobre la tierra.

Partiendo de tal fundamento, y entrando en el terreno de las especulaciones glotológicas, hallamos una serie de teorías sobre el origen del lenguaje que no pueden ser admitidas, y otras que con mayor ó menor probabilidad cabe sostener.

Según los conceptos expuestos acerca de la naturaleza, propiedades fonéticas, condición psíquica de la palabra, etc., el lenguaje excluye la legitimidad de las teorías antiguas y modernas, griegas y posteriores, en las cuales se hace de la lengua una manifestación necesaria é inconsciente de la naturaleza: porque directa ó indirectamente se fundan en una falsa noción del hombre y de sus facultades; porque contradicen el testimonio de la conciencia psicológica sobre la independencia de la actividad psíquica y de la actividad fonética, y la contingencia de la actuación en la palabra; y porque no podría explicarse en ellas la diversidad de idiomas empleados por hombres sujetos á las mismas normas naturales, lo cual ocasiona en los irracionales y en el lenguaje de los gritos, uniformidad constante. Excluye igualmente las teorías griegas y las posteriores en las cuales se defiende directa ó indirectamente que el lenguaje tiene su fundamento en una selección convencional de sonidos: porque para suscribir tal hipótesis colócanse sus autores en un evolucionismo indemostrable y falso sobre el origen humano; porque así

simil falta de buen sentido dijo Grimm. Como si la divinidad necesitase "componer una gramática y un diccionario" para enseñar al hombre primero, que en cuerpo y espíritu é inteligencia acaba de formar! Pero en esto, que es del caso notar, no es del caso insistir.

viene á negarse la condición natural física y psicológica del hombre dispuesta en cada individuo para la palabra; y porque, llamado convencional el conjunto que representa cada lengua, sería necesario confundir la *facultad* de hablar con la lengua misma concreta para hacer tal afirmación. Excluye también las aseveraciones del *revelacionismo absoluto*, por todas las razones con que se impugna el tradicionalismo en este punto, y por las que contra él dejamos indicadas al tratar de la naturaleza psíquica del lenguaje.

En la primera serie de teorías indicadas, se comprenden las que abajo señalamos con el nombre de teoría del *nativismo puro* en sus varios aspectos. A la segunda viene á reducirse las del *nativismo evolucionista*. Pertenecen, finalmente, á la tercera serie las variantes del *tradicionalismo* aplicado al lenguaje, desde los tiempos de las escuelas filosóficas helénicas hasta nuestros días.

De estas hipótesis, unas como las del *nativismo puro*, afirman que el hombre no ha podido inventar el lenguaje; pero que tampoco le ha sido dado, sino que es una perfección actual inherente á la naturaleza. Otras, como las del *nativismo evolucionista*, sostienen que el hombre pudo formar el lenguaje y lo formó de hecho por las transformaciones sensitivas correspondientes de la interjección, de la onomatopeya, etc., según la diversidad de opiniones. Otras, como las *tradicionalistas*, pretenden que el lenguaje no ha podido ser formado por el hombre, pero que tampoco es una perfección actual de su naturaleza, sino que, por el contrario, para subvenir á su nativa indigencia le fué concedido como don divino.

Dentro de las doctrinas admisibles acerca del origen del lenguaje, pueden formularse distintas teorías, unas de orden *abstracto*, y otras que se refieran á la *ejecución concreta*. En abstracto puede sostenerse, admitida la na-

turalidad racional y libre del hombre sin dependencia necesaria del lenguaje, que no ha podido ser en manera alguna invención humana; y ha sido opinión tan seguida por los comentaristas y teólogos, como poco probable aparece para la filología. Sus fundamentos se reducen á razones de orden *histórico*, por las cuales aparece que en todas las épocas el hombre estuvo en posesión de un lenguaje perfecto para ejercitar en el orden externo sus actos intelectuales; á razones del orden *psicológico*, que nos demuestran la simultaneidad de acción y de relaciones entre la palabra y el pensamiento; á razones de *hecho*, por las cuales aparece que el hombre no ha podido inventar un lenguaje cuando lo ha intentado; si, pues, en el estado actual de desarrollo científico no consigue producir un idioma, ni aun tan sencillo y elemental como pretende, mucho menos podría el hombre primitivo crear el complicado mecanismo del lenguaje existente.

La opinión contraria de que no es imposible en absoluto la invención humana del lenguaje, desechada más por confusión de ideas que por argumentos razonables, puede presentarse bajo dos aspectos: *a)* Sosteniendo que el hombre primitivo abandonado á sí mismo en una inexplicable infancia social é individual, destituido de todo desarrollo intelectual, ó privado aún de las facultades superiores, pudo inventar el lenguaje, y es hipótesis que prescindiendo de otro género de consideraciones, tropieza con todos los inconvenientes de las teorías sensualistas, antes notadas. En esta teoría, que es la del evolucionismo materialista, el desarrollo del lenguaje, es un imposible consiguiente al absurdo de la vida intelectual y física en tal estado; absurdo común á todas las variedades de dicha teoría, que puede incluir otros muchos de distinto orden, como efectivamente se ve examinándolas en particular. *b)* Sosteniendo que dado el conveniente desarrollo físico é intelectual del hom-

bre en sus orígenes, que de todos modos fuerza es reconocer (es decir, dada la creación del hombre; medio único racional y científico que explica la existencia del mismo), éste pudo inventar el lenguaje (1).

Esta opinión puede ser racionalmente sostenida y es la que creemos más probable; porque el lenguaje es un instrumento *natural* al hombre, y en su cualidad de instrumento debe hallarse en las generales relaciones de *medio* al *fin*, si no hemos de afirmar que los fines naturales no pueden naturalmente cumplirse por falta de medios de su orden; porque el hombre es naturalmente social, sin recibir de ajeno impulso esta condición, y el primer vínculo social es el lenguaje, incluido por consiguiente en aquella natural aptitud; porque el hombre física y psicológicamente considerado está ordenado para el lenguaje de tal modo que la falta de éste sería no una simple *carencia* sino una privación verdadera (verdadero defecto é imperfección), lo cual no pudiera decirse en el momento en que dada la naturaleza humana, fuese menester una intervención extraña á la misma para comunicarle nuevamente el lenguaje. El hombre, pues, (y es otra razón) se halla *física é intelectualmente* considerado respecto de la palabra en la relación de *potencia* al *acto*, y la potencia y el acto son de la

(1) Cuando hablamos de que el lenguaje puede ser *creado* por el hombre, dicho se está que se toma la expresión no en el sentido riguroso de una producción *ex nihilo*, sino en cuanto se significa que al hombre mismo se debe su producción, no de otra suerte que cuando decimos que se *crea* una institución, una ciencia, etc. En igual acepción se dice que se *inventa* el lenguaje, sin pretender significarse con ello que el lenguaje es obra refleja como puede serlo un objeto de arte. No sería menester advertir esto si no hubiese quienes, como De Vit (*Sull' Orig. e moltiplicazione del Linguaggio*), crean argüir seriamente apelando á la ambigüedad de tales locuciones, y concluyendo sin más que porque el lenguaje no puede decirse *innato*, ni *inventado* en el sentido riguroso de la palabra, ni tampoco *creado*, por eso no pudo tener humano origen. Tanto valdría decir que

misma naturaleza, de igual categoría y condición; porque de hecho el hombre ha producido multitud de lenguas, las cuales no se fundan en otras anteriores como *causa* (y esto destruye la disparidad que se ha querido ver entre la invención del lenguaje primero y de los posteriores); porque conservan existencia propia como idioma (según lo demuestra la vitalidad de las raíces de cada una) y vida psicológica completamente individual, cosa imposible y filológicamente absurda negada al hombre la facultad natural de formar la palabra; y, finalmente, porque los argumentos de la opinión contraria no disminuyen en nada la probabilidad de ésta. Los argumentos de orden histórico probarían cuando más el *hecho* de no haber el hombre inventado el lenguaje (lo cual tampoco se sigue en rigor lógico), pero nada demostraría contra la *posibilidad* de que aquél lo formase. Los del orden psicológico, ó prueban que el lenguaje es necesario para todo acto intelectual, y sería el error tradicionalista ya impugnado, ó solamente la mutua influencia de la palabra y el pensamiento, y la conveniencia de aquélla para los actos de éste, lo cual no se niega (por el contrario se presupone y afirma) en nuestra opinión; pero de todos modos la conveniencia del lenguaje para el desarrollo intelectual, nada demostraría contra una teoría que comienza por sentar (si bien no como *causa*, sino como condición para el lenguaje)

porque las ideas no pueden en rigor decirse *innatas*, ni *inventadas*, ni tampoco *creadas* por el hombre, no tienen en la mente origen humano, ni son propias del hombre. Y es que de la misma manera que por la actividad psíquica se producen las ideas al contacto con los objetos, son *producidas* las palabras como expresión de aquéllas y de éstas. Y justamente por eso, y para que pueda decirse el lenguaje de origen natural humano, es necesario que ni sea *innato*, ni *creado*, ni *inventado*, con lo cual resulta clara la improcedencia de la argumentación de De Vit en el trabajo de colorido rosminiano antes mencionado.

la necesidad del debido desarrollo físico é intelectual en el hombre primitivo (1).

Los argumentos de hecho, tomados de que el hombre no ha conseguido inventar un lenguaje á pesar de haberlo intentado, no muestran que sea ajeno al hombre la formación de lenguaje alguno (buena prueba de ello son los idiomas existentes); lo que prueban es que existe dificultad suma en la creación de una lengua *fuera de los moldes ordinarios de su formación*, y que reuna al mismo tiempo las condiciones de *facilidad* y *sencillez* en el grado que se requiere para que sea *indiscutiblemente* admitida como lenguaje universal; lo cual no es demostrar que el hombre no pueda formar el lenguaje. Adviértase, al efecto, que es incomparablemente más difícil la formación *repentina* y *súbita* de una lengua *artificialmente* sencilla, que la formación gradual y natural de idiomas más complicados, como lo demuestra el hecho de la existencia de éstos, y las dificultades que se reconocen para establecer aquél; (y esa observación destruye la que suele hacerse para probar que si el hombre no ha podido formar lo que es más fácil, menos podría inventar lo más difícil, en materias de lenguaje). Adviértase igualmente que de ese modo sólo se demuestra la dificultad (no la imposibilidad, pues la lengua general puede ser y tal vez será un hecho) de un idioma *convencional*, impuesto de un modo externo y no natural, cuando se

(1) De esta suerte el argumento tomado de las pruebas de Psamético con los niños egipcios (si es verdad lo que dice Heródoto) y otras que se refieren, no prueban cosa alguna, y aparecen completamente fuera de nuestro caso. De esa manera tan peregrina pudiera también probarse que la vida física no es natural al hombre, ya que ni a un ésta hubieran conservado dejados dichos niños á si mismos. Cual sea el desarrollo necesario en el hombre primitivo para *hablar*, no es de fácil determinación; pero según lo que dejamos anotado, dentro del *transformismo* compatible con los principios superiores *filosófico-teológicos* (cuya probabilidad no es nuestro ánimo pesar aquí) cabe muy amplio criterio sobre la primitiva etapa de la evolución lingüística.

trata de la formación evolutiva del lenguaje según las leyes de la naturaleza y siguiendo el movimiento psicológico que se observa en la formación ordinaria de los idiomas; y con esta observación desaparece también la que suele hacerse basada en las dificultades del complicado mecanismo de los idiomas, mecanismo que, como todas las obras de la naturaleza, se elabora por ésta de un modo inadvertido, fácil y casi espontáneo, mientras el hombre apenas acierta á presentar de todo ello un despreciable y laborioso remedo.

En cuanto al hecho, y supuesto el hombre en aquel estado de intelectual desarrollo con que en los comienzos de su existencia nos lo presentan de consuno la historia bíblica y la profana, la filología y las tradiciones de todos los pueblos, pueden establecerse dos hipótesis. Es la primera que el hombre recibió en su creación con todos los demás dones, el de un idioma *determinado y completo*; opinión seguida generalmente por los comentaristas y teólogos. Sus argumentos están fundados en razones de *analogía*, tomadas del estado de perfección del primer hombre y de la imposibilidad, en caso contrario, de comunicarse debidamente con sus descendientes; y en testimonios bíblicos como en el en que se dice que el primer hombre recibió *consilium et linguam* de su Creador.

Otra hipótesis que puede sostenerse es que el primer hombre recibió con todos los dones que le han sido conferidos, el *don de la palabra*, no en un idioma formado, sino con la *aptitud plena* habitual para producirlo y prorrumpir en expresiones adecuadas á la presencia de las cosas, desarrollando así *naturalmente* un don sobrenaturalmente concedido. Esta opinión, que aceptamos, y que antes de nosotros han planteado algunos Santos Padres (1), ofrece la ventaja de armonizar la

(1) San Basilio entre los griegos y San Agustín entre los latinos

acción natural de la criatura, en una cosa cuyo ejercicio le es natural, y la acción sobrenatural del Creador en una cosa extraordinariamente concedida, sin menoscabo de ninguna de aquellas acciones; la de presentarnos en el primer hombre una perfecta conformidad psicológica entre el entendimiento y el lenguaje (según las condiciones excepcionales de su estado) como habían de observarse después (según las suyas) en los descen-

han estudiado el origen del lenguaje y expuesto bellísimos conceptos dignos de ser tenidos en cuenta por los modernos filólogos.

Por lo que hace á nuestra opinión en este punto, el mismo San Basilio, y especialmente San Gregorio Niseno, han sentado muchos siglos há análogas doctrinas. Sabido es que este Santo Padre fué acusado de negar la Providencia, porque no creía que el lenguaje le fuese dado ya formado al primer hombre. Veamos algunas de sus palabras: *Hominem rationes participem*, dice en la Oratio XII contra Eunomium, *a Deo factum esse non negamus, sed verborum inventionem et ratiocinandi facultatem, a Deo naturae hominum inditam, revocamus*. Y explicando esto, añade: *Ille quidem nostrae naturae vim dedit; a nobis vero domus efficitur et scamnum et gladius et aratrum et quodcumque opus quo vita nostra indiget; quarum singula sunt opera nostra, sed ad supremum Auctorem relationem habent, qui omniscientiae capacem naturam nostram condidit. Sic etiam sermonis potentia opus quidem est ejus, qui talem nostram fecit naturam; inventio vero verborum singulorum, ad rerum significantiae usum, a nobis ipsis est excogitata*.

De conformidad con nuestra opinión está igualmente aquel principio de los aristotélicos: "Significare conceptus suos est homini naturale, determinare autem signa est ad placitum." Que es también lo que expresaba el Aquinense al escribir (*Periherm.* I, 4): "Vox est quoddam naturale; nomen autem et verbum ex institutione humana, quae advenit rei naturali sicut materiae, ut forma lecti ligno."

Aunque no informadas por los mismos principios, pudieran fácilmente hallarse en glotólogos modernos, como Steinthal, Heise, etcétera, afirmaciones que convienen con las anteriores y á las cuales podrían reducirse. "Gott gab dem Menschen das Sprachvermögen, escribe Wüllner (*Ü. d. Verwandtschaft d. Indogerm. Semit. u. Tibetanischen*), welches nichts anderes ist als Vernunft und Sinnlichkeit in Einheit, damit er sich eine Sprache verschaffen könnte." A su vez asienta Gerber (*Die Sprache als Kunst*): "Weder durch Natur noch durch menschliche Satzung besteht die Sprache, sondern wie der Mensch selbst, ist sie eine Durchdringung von Resultaten der Nothwendigkeit mit der Bethätigung der Freiheit."

dientes de aquél; respondiendo así aquella prodigiosa *aptitud* habitual á la ciencia infusa, de que formaba parte, y la *actual* ejecución á la ciencia adquirida, de la que debía ser natural instrumento; la de llenar una ley filológica constantemente observada, de que las lenguas responden á las necesidades sociales de los que las hablan, apareciendo en la infancia de las sociedades los idiomas en su infancia gramatical; y, finalmente, la de satisfacer convenientemente las exigencias de la primera opinión, pues de este modo, sin negar la acción humana en una cosa de suyo propia del hombre (no se cuenta el lenguaje entre los dones preternaturales ni sobrenaturales), se reconoce la acción divina, á la manera que se admite ésta en su inteligencia, en la que deja libres sus naturales energías. Sin desconocer que el hombre ha recibido de una manera potencial y en disposición próxima *consilium et linguam* (pues no de otro modo podría llamarse aquella aptitud maravillosa ni de otro modo permitían las circunstancias del historiador bíblico y el carácter de la lengua, denominar la facultad de hablar), se reconoce también que el hombre *impuso nombre* á las cosas y las *llamó él* lo que eran, á medida que se ofrecieron á sus ojos. Pues, como dice Filón, muy justamente se atribuyó la imposición de nombre á los seres al primer hombre; porque él era rey, y la imposición de nombres á las cosas es obra de sabiduría y dignidad; y era verdaderamente sabio el que fuera de las dotes recibidas divinamente, por sí mismo aprendió y no fué enseñado: Παγκάλος δὲ καὶ τὴν θεῖαν τῶν ὀνομάτων ἀνῆψε τῆ πρώτῳ σοφίας γὰρ καὶ βασιλείας ἔργον. σοφὸς δ' ἕκείνος αὐτομαθῆς, αὐτοδιδάκτος χάρισι θείας γενομένη, καὶ προσέτι βασιλεύς. (*De mundi Opif.*) Pensamiento que de una manera análoga y expresiva presenta el Crisóstomo (*Hom. XIV. in Gen.*), haciendo de la imposición de nombres á las cosas una señal de dominio, cual lo es el cambiar de nombre á los esclavos en sus señores.

Según resulta de lo expuesto, existen tres especies de teorías inadmisibles acerca del origen del lenguaje, á las cuales se reducen fundamentalmente todas las variantes conocidas: una que exagera el elemento *natural*, otra el *artificial*, y la tercera el *divino*. Todas ellas han sido conocidas de la antigüedad griega y romana. Las palabras φύσει y θεσει que nos recuerda Jenofonte (*Mem. III. 14*) como objeto de disputa entre filósofos y literatos, que reproduce Gelio como distintivo de sistemas lingüísticos, y de cuya historia y naturaleza, nos hemos ocupado al tratar de la Glotología greco-romana (t. I, c. VI), sirven respectivamente como fórmula á los que atribuyen á la palabra un origen natural é instintivo, y á los que dan al lenguaje carácter convencional y de artificio. Aunque oscilando en un cierto término medio, encuéntrase los peripatéticos favoreciendo más la opinión última que la primera, como también queda dicho: φύσει τῶν ὀνομάτων οὐδεν ἔστιν, escribe Aristóteles (*Periherm. c. II*); ὀνομά ἐστι φωνῆ σημαντικῆ κατὰ συνθήκην, repite en otro lugar, y recuerda Marco Tulio (*Tuscul. I*).

La teoría del origen divino del lenguaje tiene sus precedentes en nociones é ideas que aparecen en el Krátilo de Platón, conformes en el fondo con las tradiciones pitagóricas principalmente como hubieron de presentarlas los neoplatónicos (cf. t. I, VI.) Siendo según la doctrina allí presentada, cierta y determinada la naturaleza de las cosas, las denominaciones deben tener una razón fija y determinada; de donde, en la formación de los nombres se requiere un principio común á todos los hombres, aunque las lenguas resulten diversas; razón común que está en la proporción y analogía entre la naturaleza de los objetos y los elementos de las palabras, letras y sílabas, que por lo menos en su origen debieron estar ordenados á una significación propia. Desde el principio, pues, debió existir una como *idea* ó ejemplar de palabras, esto es, palabras primitivas, πρώτα, origen y fuente de las demás, ἀρχηγὰ; de estos vocablos dice Platón dos cosas: que debe tenerse por cierto ser inventados y constituidos con norma y razón, y que fueron impuestos por una potencia superior á la potencia humana (1). Añade que según eso, no puede haber

(1) Κρ. Οἶμαι μὲν ἐγὼ τὸν ἀληθέστατον λόγον περὶ τούτων εἶναι, ὃ